

FEMINISMO DESQUICIADO

Tres palabras y una mujer, (1) de "Lucila Palacios".

Hace ya algunos meses entró en circulación la presente novela. A raíz de su aparición debió publicarse, — fuera de las acostumbradas incondicionales notas laudatorias de la prensa, — alguna crítica menos complaciente. No nos hemos podido enterar del contenido de dicha crítica, pero sabemos que sirvió de ocasión para que se pudiese a público debate, en una de las tardes literarias de la Asociación Cultural Interamericana, el tema de la novela. Con lo cual vino a crearse cierto ambiente de propaganda en torno a un libro inmoral y desorientador.

La autora llama a su obra "Novela de apreciación psicológica". Por el tema y la manera de tratarlo, quiere ser novela social. Consta de 27 capítulos, no muy extensos agrupados en tres Partes. Esas tres partes corresponden, prácticamente, a las **Tres Palabras** del título y las encontramos condensadas en este párrafo final del penúltimo capítulo: "Síntesis de una existencia femenina. Primero la niña de buena sociedad, después la señora, por último la madre de familia. Tres palabras a las que es necesario consagrar la vida. Y entre tanto, donde queda la mujer?" (p. 142).

"Tres palabras y una mujer" es un libro literariamente bien escrito. "Lucila Palacios" (2) maneja con soltura un estilo cortado, insinuante y lleno de giros y expresiones sobriamente artísticas. El lenguaje, los diálogos, el orden de los pensamientos, y cierto apocible equilibrio y moderación en el tono

general de la obra, hacen que el lector recorra sus páginas no con apasionamiento, pero sí con interés y sin cansancio.

Toda la novela está dominada por cierto comedimiento, o cortedad, — no sabemos si búsqueda de intento o manera natural de la autora —; hay lucha de pasiones, pero sus manifestaciones nunca son estridentes; en los momentos en que se puede temer una reacción violenta o una tempestad fragorosa, la autora parece que pone sordina a su pluma, o simplemente cambia el rumbo del pensamiento. No hay despilfarro, ni siquiera uso generoso de luces, ni de coloridos fuertes; las medias-tintas y los claro-oscuros predominan en todo el conjunto. Y en esto "Lucila Palacios" se impuso una disciplina férrea que nunca llegó a traspasar.

Tratándose de una novela de carácter social, y de desarrollo en ambiente de ciudad, todo pinturerismo de paisaje quedaba excluido. Pero es más; aun en las oportunas ocasiones que se presentan para **paisajear** un poco, la autora sabe dominarse y prescindir completamente de entretenerse en fáciles alardes coloristas. Buena parte de la acción se desarrolla en el litoral "macuteño", — paisaje de tropicales cocoteros, de veros de playa, de olas, arenas, alcatraces, etc. —, y sin embargo sólo vemos pinceladas breves y rápidas que matizan la acción acá y allá, pero sin interrumpirla en nada. Vaya un ejemplo cogido al azar: "He llegado a la avenida a la hora de paseo. Una especie de sopor se desprende de los árboles y del murmullo del mar agitado por la brisa. Grandes aves de color parduzco mojan sus alas en el agua saltarina. Sobre el oleaje se mueven candenciosamente, varias goletas con sus velas desplegadas. A lo lejos gruñe el motor de una lancha". (p. 73)

cas, 1940. También tiene un librito de cuentos "Trozos de vida", Cooperativa de Artes Gráficas, Caracas, 1942. Para el teatro ha escrito: "Orquideas Azules", (leyenda guayanesa, musicalizada), Editorial Elite, Caracas, 1942; "La gran serpiente", Caracas, 1943; y "Juan se durmió en la torre", (Premio Municipal de Teatro Infantil, también musicalizada), inédita.

(1) Biblioteca Femenina Venezolana, Lucila Palacios, TRES PALABRAS Y UNA MUJER; (Novela), volumen No. 10, Publicaciones de la Asociación Cultural Interamericana, Caracas, Tip. La Nación, 1944, 146 pp.

(2) "Lucila Palacios" es el pseudónimo de Mercedes Carvajal de Arocha. Anteriormente había publicado otras dos novelas: "Los Buzos" (obra diplomada en Cuba), Cooperativa de Artes Gráficas, Caracas, 1938, y "Rebeldía", Editorial Elite, Cara-

En dos ocasiones, por lo menos, la acción va a situarse tierra adentro, en una Hacienda. Tampoco entonces, —a pesar de ocasión tan tentadora—, absorbe el paisaje la atención de la novelista. Estampa unos ligeros párrafos, de sabor campesino bien condensado, y con ellos adorna sutilmente la acción de la novela que sigue adelante. Así comienza el capítulo 14: "El camino largo bajo la luna. Tiemblan los cañaverales y un dulce rumor de ramas que se doblan y de hojas que se desprenden, una inquietud de vida nocturna, nos rodea. Hemos llegado a la hacienda hace tres días. Desde el primer momento su ambiente me cautiva. Por la mañana en el cielo hay tintas de rosa, la niebla de la montaña se pinta con la tonalidad rosada y la aurora parece caer sobre la tierra y tornarla de su mismo color. Se oye el ruido del trapiche, voces de hombres que cantan y el suave gruñir del perro favorito de Alfonso, un mastín grande, inmenso, que guarda la casa de noche." (p. 62).

Es una manera de describir el paisaje precioso y refinada, que recuerda un poco a Díaz Rodríguez y más todavía a Fernández García; pero sin que obtenga excesiva importancia el paisaje mismo, sino la que rigurosamente exige la vida humana de los personajes que están en escena.

De este preciosismo descriptivo podríamos aducir otros muchos típicos ejemplos. Valga el siguiente para confirmar nuestro aserto: "En la cantina había un fuerte olor a alcohol. Un aroma fresco me hizo recordar la campiña, los surcos largos y henchidos de caña, los juncos ondulantes al viento. Y los parrales con sus grandes racimos verdes y morados. Me tomé una copa. Y era cual si hubiese exprimido el jugo de uno de aquellos gajos saturados de sol pues en los caminos de Valencia yo los había visto colgar temblorosos, bajo las mañanas claras, y las uvas me parecieron pedacitos de cielo y luz cuajados en un mundo pequeñito y cristalino" (p. 45).

La acción de la novela podría, en rigor, condensarse en muy pocas líneas. Se trata de una familia de las llamadas de **sociedad**; son padre, madre y tres hijas. La mayor de estas, Susana, está casada con un tal Jaime. A lo que parece Susana y Jaime se llevan bien mutuamente, pero en parte debido a la habilidad e hipocresía con que Susana sabe proceder en lo exterior, dejando a su marido ir su camino, y viviendo también ella a escondidas, una vida despreocupada y sordida, pero guardando las formas exteriores. La segunda hija, Rosalina, aparece al comienzo

de la novela gravemente enferma, y luego muerta, a resultas de un aborto secreto que sus padres la han obligado a sufrir, para así salvar el nombre de la familia, ya que la niña había concebido un hijo sin estar casada. Este episodio ocurre cuando la menor de las hijas, Berta, cuenta justamente quince años. Berta educada en un ambiente frívolo y libre, aunque riguroso de conservar las apariencias exteriores de una familia de **sociedad**, se enamora de un jovencito Alfonso, con quien luego contrae matrimonio. A los pocos años de casados, Berta tiene que ir por motivos de salud a temperar una temporada a Macuto. Va sola, y allí se enamora perdidamente de un tal Ricardo. Al mismo tiempo, Alfonso, solo durante una temporada en su Hacienda, ha tenido también sus enredos mujeriegos. Alfonso no parece que jamás sospechara nada de la situación de Berta en Macuto. En cambio, Berta, en un viaje sorpresivo a la Hacienda descubre el caso de Alfonso. Mas la tempestad no estalla; viene el perdón, los esposos tornan a vivir en su casa de Caracas. Pero Berta sigue en su corazón locamente enamorado de Ricardo, con quien, es cierto, no ha llegado a faltar. A los nueve meses de su reconciliación con Alfonso, Berta da a luz su primer hijo; pero éste ha nacido con los ojos verdes, iguales a los de Ricardo, porque en el momento de la concepción ella, en pleno adulterio de deseo, no pensó sino en Ricardo! Al tener ahora en sus brazos el fruto de su pecado se cree indigna de Alfonso, y piensa contarle todo lo sucedido, arrojando todas las consecuencias. Pero aconsejada por su padre a mirar por el buen nombre de su familia, y a mirar también por el futuro de aquel niño inocente resuelve al fin guardar secreto y seguir viviendo con su esposo.

Como se ve, este argumento encierra sustancialmente un conjunto de elementos de la más repulsiva inmoralidad.

Pero antes de analizarlos en particular, queremos hacer una observación que tiende a aclarar cierta confusión de ideas que pudo advertirse en la prensa cuando se habló del debate que iba a sustentarse, en torno a esta novela, en la tarde literaria a que más arriba hicimos referencia. La observación es ésta: en "**Tres palabras y una mujer**" no se plantea ninguna tesis social ni psicología; ni siquiera se plantea tampoco un **problema** (caso particular y concreto de la aplicación de una tesis) de aquella índole. En esta novela no hay sino simplemente la presentación a todo pormenor, y con moroso y dañino detenimiento, de un vulgar episodio de la mujer

impreparada ligera de cascos, que en su des-
preocupación se deja enredar incautamente
en pasatiempos ilícitos que la llevan al
adulterio. Pretender que semejante despreo-
cupada simpleza, y sus consecuencias o sus
orígenes, se califiquen de tesis, es por lo
menos degradar el peso y significado de las
palabras.

Ahora hablemos del argumento antes re-
señado. El caso tal cual se nos presenta, y
aun con mayores agravantes si se quisiera,
puede ser todo lo real o verídico que se de-
see. Y como ese caso, podrían suponerse o-
tros, y otros. Pero de ahí a saltar a la con-
clusión general, que parece establecerse,
de que toda familia de sociedad, todo ma-
trimonio recatado, toda joven pudorosa, etc.,
no son en la cruda realidad de la existencia
sino hipócritas apariencias exteriores, que
encubren una vida de inmoralidad, hay una
distancia tan grande, que mal se puede
ofrecer aquel episodio como una lección que
imperiosa e irremediablemente nos impone
la sociedad en que vivimos. Por mucho que
abundé el vicio y la depravación y la fal-
sía, eso no es el caso general ni menos el
único.

Pero hay algo más grave. ¿A qué fin se
encamina esa exposición del ambiente de
falsa virtud de una familia, y de los enre-
dos ilícitos de Alfonso y de Berta? Precisa-
mente a todo lo contrario de lo que se podía
esperar o sospechar. No se concluye con-
decir: luego hay que procurar hogares hono-
rables en verdad, y no en sola apariencia;
hay que educar a las jóvenes con la prepa-
ración necesaria, de todo orden, para que
sepan vivir una vida correcta y de virtud
verdadera. Nada de eso. La conclusión que
se quiere hacer saltar es inadmisibles, por
absurda y por inmoral: que las normas so-
ciales que exigen virtud a la mujer, son
violadoras de su personalidad, que el no ad-
mitir ciertas libertades, ni ciertas violaciones
de las tradiciones de hogar, de edu-
cación social, de vida matrimonial,
etc., es coartar la auto-expresión de
sentimientos y de afectos que necesitan
expansión. . . . Y como éstas, otras seme-
jantes conclusiones. Lo cual vale tanto co-
mo empeñarse en defender que la luz roja
del semáforo de la esquina, —que por con-
veniencia social todos hemos admitido que
sirva para detener el tráfico—, es violatoria
de la personalidad de un individuo que no le
gusta sino manejar su automóvil "a ochenta
por hora" y sin que nadie lo pare en su ca-
rrera. Y el absurdo resalta más claro si se
advierte que muchas de las llamadas con-
veniencias sociales, aun con mucho de su ab-

surdo convencionalismo, han tenido su ori-
gen en la esencia misma de la vida humana
y social.

Lo que no hemos logrado comprender, al
estudiar el carácter de Berta es, a qué as-
piración, o anhelo, o ideal noble y extraor-
nario quería "Lucila-Palacios" hacerla lle-
gar. Porque en toda la novela se hacen alu-
siones a algo insatisfecho, a la personalidad
coartada, a la incompreensión que la rodea,
etc. Cuando en el capítulo XII, —en forma
artísticamente forzada e inoportuna—, se
nos presenta a Berta caminando por el vie-
jo barrio de El Silencio, parece que la vista
de aquella miseria social iba a crear un de-
seo tal de remediarla, que ya en adelante
Berta faltaría a los deberes de su hogar por
ir a ocuparse del bien del prójimo. Pero na-
da de eso ocurre. Más adelante cuando le
toca ir a la Hacienda, creemos que eso será
otra nueva oportunidad para preocuparse por
alguna obra social; pero la misma Berta nos
confiesa cuál es toda su ocupación: "durante
el día me entretengo en mirar las gallinas
y darles de comer, en contar los huevos y es-
cuchar el lenguaje pintoresco de la cocine-
ra".

Se muestra insatisfecha de la conducta y
del trato de Alfonso. Pero las razones sólidas,
de peso, para tal queja no se ven por
ningún lado. Y en cambio ella, jovencita li-
gera, caprichosa, impreparada para la vida
de matrimonio, ¿qué caudales ni qué crédi-
tos puede presentar ante su esposo para
achacarle a éste que estropea o que limita su
personalidad?

Es lástima que tratándose de la protago-
nista, se den tan confusos y mezclados los
rasgos que constituyan lo sustancial de su
carácter, porque en cambio la autora mues-
tra habilidad y acierto en las manifestaciones
exteriores del temperamento femenino. Bue-
nos ejemplos los tenemos en escenas como
las de las páginas 23-24 y 29-30.

Pero lo que tal vez quede menos claro
y explicable es que Berta se sienta tan atraí-
da y cautivada por un personaje como Ricar-
do a quien en toda la novela no se le ve ha-
cer nada que valga la pena, ni decir nada
que justifique las expresiones que la misma
Berta usa muchas veces al referirse a él.
Lo único que le vemos hacer a Ricardo es
echarse una vez a nadar, y otra a manejar
con alguna imprudencia una lancha de mo-
tor. Fuera de estas cosas tan ordinarias, su
conversación y su proceder con Berta son
los corrientes y vulgares de todo hombre que
mata el tiempo enamorándose a una mujer
ajena. Por supuesto en el enamoramiento
incauto en que cae Berta, (y en el que Ri-

cardo procede con toda la veteranía de quien conoce bien el paño), no pueden menos de salir de la boca de ella las sempiternas expresiones de casos semejantes: "Es la primera persona que me ha entendido". Y a todo lo largo de la novela sigue oyéndose la palabra **comprensión** una serie de veces, en el sentido de algo que Berta ha echado de menos tanto en casa de sus padres, como una vez casada con Alfonso. Y el lector reflexivo no puede menos de preguntarse cuáles son esos problemas, y esas situaciones tan arduas y notables en las que ha faltado dicha **comprensión**. Y es que de un espíritu tan pobre y tan poco cultivado como el que en Berta nos ha presentado la autora, no puede lógicamente esperarse que vaya a usar unas expresiones y unos términos que le son completamente postizos e impropios. Entonces es "Lucila Palacios" la que habla, pero pone esas palabras en boca de la pobre protagonista.

Se habrá notado que hemos venido zuriendo este comentario en torno casi únicamente del personaje central Berta. Y es que en realidad la acción toda de la novela es Berta misma. Los demás caracteres apenas logran destacarse con un perfil característico ni de importancia trascendental. Alfonso aparece cargado con todo lo que a la autora le convino echarle encima, para que de esta manera apareciese más justificable la equívoca conducta de Berta, y más razonables también las duras invectivas contra las normas sociales y aún contra la virtud. En cambio, la cínica y vividora Susana viene a resultar como el único ser, casi, que sabe vivir, que triunfa y que ha acertado! No pudiendo extendernos mucho más en estas notas, queremos resumir ahora unas cuantas ideas fundamentales que es necesario destacar.

Hemos afirmado al principio que "**Tres palabras y una mujer**" es un libro inmoral. Nótese que no decimos obsceno o pornográfico. "Lucila Palacios" está lejos de escribir en la forma realista, rebuscadamente lujuriosa, de otros novelistas. Todo lo contrario: salvo alguna que otra brevísima escena, o frase de pasada, el libro está escrito con recato y delicadeza. Pero la ideología, la sustancia de los hechos planteados, es absolutamente inmoral; y lo que es peor, la presentación de esos hechos sirve solo para deducir consecuencias inmoralesísimas, y por ende antisociales, aunque no se formulen de manera explícita. A todo lo largo de la novela se hallan multitud de expresiones y de reticencias, inadmisibles en toda cristiana filosofía. Hay además un empeño no disimu-

lado en presentar sólo ejemplos de falsa virtud, de hipócrita honradez y decencia, —como si en la vida no existiera otra cosa—; para luego descargar fuertes invectivas contra toda virtud. El procedimiento no puede ser más injusto e insincero! Sobre todo hay especial encono contra la joven que guarda su virginidad; llegándose a expresar la idea de que es absurdo que una joven llegue a morir sin haber perdido aquel atributo.

Es, además, completamente arbitrario y fuera de la realidad humana y social, pretender establecer antagonismo u oposición entre lo que es **ser mujer**, y lo que es **ser esposa, o ser madre, o ser joven de hogar**. No hay semejante oposición. Al contrario; en riguroso sentido filosófico, — al igual que en la práctica, — el ápice de su perfección lo obtiene cuando encuadra acertada y fielmente las actividades suyas de mujer dentro de la vida de esposa, de madre, etc. Pretender deslindar al **ser mujer** de todos esos campos de existencia, sería quererla reducir a una vida poco más que de puros sentidos, a una vida infra-humana.

Al observar toda esta actitud, tan tenaz y tan violenta contra todo lo que signifique virtud, no puede uno menos que pensar en el agrado con que leerán este libro ciertas personas que al hallarse en situaciones de hecho irremediables, caídas y abochornadas ante la sociedad, tratan luego de salir a flote y de justificarse mediante teorías y prédicas literarias o psicológicas. Por último, una pausada revisión del desarrollo de toda esta novela nos hace ver que desde la primera hasta la última página no asoma ni siquiera incidentalmente la más leve idea espiritual, religiosa o cristiana. No se nombra jamás a Dios, no hay una sola señal de sentimiento piadoso; se vive puramente al natural; vida de sentidos, de pasiones, de frivolidad... de pecado! Y aquí viene nuestra final reflexión: quien esto observa, podría casi mostrarse agradecido a "Lucila Palacios", porque su libro, con ser tan inmoral, y tan desorientador, viene a ser también sin pretenderlo ni desearlo, la mejor apología de la vida honradamente virtuosa y sinceramente cristiana. Que de una familia sin Dios, sin religión, sin espiritualidad, broten los engaños, los adulterios, los abortos, las hipocresías, etc., nada tiene de extraño; pero además, de rechazo prueba la necesidad de más sólida virtud y de más sincera vida familiar; y la civilización mundial reconoce que sólo en el verdadero cristianismo se verifica tan noble ideal.

Pedro P. Barnola, S. J.